

des conmigo; ya pueden hacer sus maletas. Kahn será mi primer ministro. Delestang y su mujer obtendrán la cartera de negocios extranjeros. Béjuin se encargará de correos. Y no echó en olvido á las damas: la señora de Bouchard tendrá el cetro de la belleza, y á la señora de Charbonnel se le confiarán las llaves de nuestros graneros.

Lo echaba á broma, mientras que los amigos, nada á su sabor, preguntábanse si no les habría estado oyendo por algún resquicio de la pared. Cuando condecoró al coronel con todas sus cruces, éste por poco no se enfurruca. Entretanto, Clorinda fijaba las miradas en la invitación de Compiègne, que había tomado de encima de la chimenea.

—¿Qué, piensa usted ir?—le preguntó con displi-
cencia.

—¿Quién lo duda?—contestó Rougón admirado. Cuento con aprovechar la oportunidad para que el emperador me conceda el departamento.

Dieron las diez, y la señora de Rougón se presentó para servir el té.

VII

Allá á las siete, en la tarde de su llegada á Compiègne, Clorinda hablaba con el señor de Plouguern, cerca de una ventana de la galería de los Mapas. Esperábanse al emperador y á la emperatriz para pasar al comedor. La segunda serie de los invitados se encontraba en el castillo apenas hacía tres horas; y como quiera que toda la gente no hubiese bajado aún, la joven se ocupaba en sentenciar con una palabra á toda persona que entraba. Las damas, despechadas, con flores en los cabellos, sonreían amablemente desde el umbral; los hombres permanecían graves, con corbata blanca y calzón corto, con las pantorrillas ceñidas bajo la media de seda.

—¡Ah! allí está el caballero—dijo en voz queda Clorinda.—Está bien, muy bien... Pero, mira, padrino, al señor Beulin-d'Orchère, ¿no diría cualquiera que se dispone á ladrar? ¡y qué piernas, santo Dios!

El señor de Plouguern se divertía con aquellas

críticas. El caballero Rusconi se acercó á saludar á Clorinda, con su empalagosa galantería de bello italiano; acto seguido fué recorriendo las filas de las señoras, cadenciosamente, en una serie de rítmicas reverencias, del más tierno efecto. A algunos pasos de allí, Delestang, muy serio, miraba los enormes planos del bosque de Compiègne, que llenaban las paredes de la galería.

—¿En qué wagón has venido?—repuso Clorinda.—Te busqué en la estación para hacer el viaje contigo. Figúrate que vine á meterme entre un hatajo de hombres...

Pero se interrumpió, ahogando una carcajada con los dedos.

—El señor La Rouquette parece una figurita de alcorza.

—Sí, una especie de almuerzo de colegiala—dijo con malignidad el senador.

En aquel instante oyóse en la puerta un gran rozar de estofas; abrióse cuan ancha era é hizo su entrada una mujer, vestida con un traje tan recargado de lazos, de flores y de blondas, que hubo de aplastar la falda con ambas manos para poder pasar. Era madama de Combelot, la cuñada de Clorinda. Esta le echó la vista encima, murmurando:

—Si hay permiso...

Y como el señor de Plouguern la mirase á ella, en su sencillo vestido de muselina, puesto sobre un fondo de faya color de rosa mal cortado, la joven continuó en tono de perfecta indiferencia:

—¡Oh! el traje á mí me tiene sin cuidado; ya lo sabes, padrino, se me toma tal cual soy.

En esto, Delestang, se había resuelto á dejar los naipes para ir al encuentro de su hermana, que llevó á su mujer. No se amaban gran cosa que digamos, y cambiaron un saludo agridulce. La señora de Combelot se alejó, arrastrando una cola de raso, semejante á un trozo de jardín, por en medio de hombres que no decían una palabra y que retrocedían con prudencia suma, ante el desbordado torrente de sus volantes de blonda. Clorinda, en cuanto se halló de nuevo sola con el señor de Plouguern, volvió á sus chirigotas, aludiendo á la terrible pasión que la dama abrigaba por el emperador. Y después, como el senador refiriese la pudibunda resistencia de Su Majestad Imperial:

—No es gran mérito el suyo—decía la joven;— ¡está tan flaca! He oído decir á algunos hombres que les parece hermosa, y, en verdad, que no sé en dónde tienen los ojos. Su cara es de todo punto insignificante.

Y sin dejar de hablar, no quitaba la vista de la puerta, preocupada á más no poder.

—¡Ah!—exclamó,—esta vez debe de ser el señor Rougón.

Mas en seguida se retractó, con pasajera llamarada en sus ojos.

—¡Calla! no, es el señor de Marsy.

El ministro, correctísimo, en su traje negro y su calzón corto, se adelantó sonriendo hacia la señora

de Combelot; y en tanto que la felicitaba, dirigía la vista á los invitados, con vagos y velados ojos, como si á nadie hubiese conocido. Entonces, á medida que se le saludaba, inclinaba la cabeza con muestras de grande amabilidad y cortesía. Muchos hombres se acercaron y pronto se convirtió en el núcleo de un grupo. Su rostro pálido, delicado y malévoló, dominaba los hombros que se amontonaban á su alrededor.

—A propósito—repuso Clorinda impeliendo al señor de Plouguern al fondo del vano,—he contado contigo para que me des detalles... ¿Qué es lo que sabes referente á las famosas cartas de madama de Llorentz?

—Pero si eso lo sabe todo el mundo—le contestó.

Y habló de las tres cartas escritas, según se decía, por el conde de Marsy á madama Llorentz, obra hacía de cinco años, un poco antes del enlace del emperador. Aquella señora, que acababa de perder á su marido, un general de origen español, encontrábase á la sazón en Madrid, en donde tenía á su cargo negocios de interés. Aquella fué la mejor época de sus relaciones. El conde, para divertirla, y cediendo también á sus inclinaciones de vodevillista, le había enviado detalles sumamente picantes referentes á ciertas augustas personas, en cuya intimidad él vivía. Y se refería que desde aquella época, la señora de Llorentz, hermosa mujer, extremadamente celosa, conservaba aquellas cartas, que te-

nía como pendientes sobre la cabeza del señor de Marsy, como venganza preparada siempre.

—Háse dejado convencer cuando se ha visto precisado á casarse con una princesa vólaca—dijo el senador dando fin á su relato. Pero, después de haber consentido en un mes de luna de miel, le ha mandado decir que si no volvía al instante á echarse á sus pies, pondría un día de estos tales cartas sobre el bufete del emperador; y ha vuelto á amarrarse á su cadena... y la colma de galanterías para hacerse devolver la maldita correspondencia.

Clorinda se reía de la mejor gana. La historia le parecía de lo más peregrino. No cejaba en sus preguntas. Pues entonces, si el conde engañaba á la señora de Llorentz, sería ésta capaz de ejecutar su amenaza? ¿En dónde tenía aquellas tres cartas? en su corpiño, cosidas entre dos lazos de raso, según lo que había oído decir. Pero el señor de Plouguern no sabía una palabra más. Nadie había leído tales cartas. Conocía á un joven que, por obtener una copia, se había convertido inútilmente, durante seis meses, en humilde esclavo de la señora de Llorentz.

—¡Diantre!—agregó,—él no le quita la vista de encima, niña míá. ¡Eh! me olvidaba: ¡has hecho su conquista!... ¿No es cierto que en su último sarao, en el ministerio, estuvo hablando contigo casi una hora?...

La joven no contestó. No escuchaba más y per-

manecía inmóvil y altanera bajo la fija mirada del señor de Marsy. Después, alzando lentamente la cabeza, mirándole á su vez, esperó á que la saludara. Acercóse á ella y se inclinó. Entonces sonrióle Clorinda con toda dulzura. No cruzaron ni una sola palabra. El conde dió la vuelta al centro del grupo, en donde el señor La Rouquette hablaba en muy alta voz, nombrándole á cada frase «Su Excelencia».

La galería, no obstante, se había ido llenando poco á poco. Habíanse allí reunido cerca de cien personas, altos funcionarios, generales, diplomáticos extranjeros, cinco diputados, tres prefectos, dos pintores, un novelista, dos académicos, sin contar los oficiales de palacio, chambelanes, edecanes y escuderos. El discreto murmurio de las voces envolvíase en la claridad de las arañas. Los asiduos concurrentes al castillo se paseaban pasito á paso, mientras que los nuevamente invitados, en pie, no osaban aventurarse en medio de las damas. Aquella primera hora de encogimiento, entre personas que en su mayor parte no se conocían y que de repente se encontraban reunidas á la puerta del comedor imperial, comunicaba á los rostros un aspecto de dignidad desapacible. A veces notábanse bruscos silencios y las cabezas se volvían, vagamente ansiosas. Y el mueblaje imperio de la vasta estancia, las consolas de rectos pies, los sillones cuadrados, parecían aumentar todavía más la solemnidad de la espera.

—¡Llegó por fin!—murmuró Clorinda.

Rougón acababa de entrar. Detúvose un instante á dos pasos de la puerta. Habíase revestido de su vulgar aspecto de bondad, con la espalda un tanto cargada y con el rostro adormilado. Con sólo una mirada percatóse del ligero estremecimiento de hostilidad que su presencia producía en medio de ciertos grupos. Después, con la mayor tranquilidad, sin dejar de distribuir algunos apretones de manos, se las compuso en forma que fué á hallarse en frente del señor de Marsy. Saludáronse y parecieron muy satisfechos de encontrarse. Y sin quitarse la vista de encima uno del otro, como enemigos que tienen respeto á su mutua fuerza, hablaron amistosamente.

En torno de ambos se formó un vacío.

Las damas no perdían de vista sus menores movimientos, al paso que los caballeros, aparentando gran discreción, miraban á otra parte, aunque sin dejar de dirigir del lado de ellos miradas furtivas. Los cuchicheos llegaban á todos los rincones. ¿Qué secreto designio era el del emperador? ¿por qué ponía á aquellos dos personajes en presencia uno del otro? El señor La Rouquette, por demás perplejo, creyó olfatear un acontecimiento grave. Acercóse para hacer preguntas al señor de Plouguern, quien se divirtió contestándole:

—¡Caramba! Quizás Rougón va á echar la zancadilla á de Marsy, y harán santamente en guardarle atenciones. A no ser que al emperador no le haya

movido una mala intención, lo que le sucede á veces. Tal vez le ha guiado tan sólo el placer de verlos juntos, en la espera de que se muestren tal para cual.

Pero cesaron los cuchicheos, y un gran movimiento se dejó percibir. Dos oficiales de palacio iban de grupo en grupo, pronunciando una frase á media voz. Y los invitados, vueltos de repente á su gravedad, se dirigieron hacia la puerta de la izquierda, en donde formaron doble hilera, los hombres á un lado y las señoras á otro. Junto á la puerta se colocó el señor de Marsy, quien mantenía á su lado á Rougón; luego los demás personajes se escalonaron, según su rango ó su categoría. Allí hubo todavía una espera de tres minutos, en medio del mayor recogimiento.

La puerta se abrió de par en par. El emperador, puesto de frac y cruzado el pecho con la sola mancha del gran cordón, entró á la cabeza, seguido por el chambelán de servicio, señor de Combelot; detúvose ante el señor de Marsy y Rougón, dirigiéndoles una débil sonrisa; retorciase con mano lenta el largo bigote, con balanceo de todo su cuerpo. Después, con voz un tanto entorpecida, murmuró:

—Dirá usted á la señora de Rougón el sentimiento que hemos tenido al saber que se halla enferma. Habríamos deseado vivamente verla aquí con usted... En fin, hay que esperar que eso no sea nada. Son muchos los constipados que andan por ahí.

Y pasó adelante. Dos pasos más allá estrechó la

mano de un general, á quien pidió nuevas de su hijo, á quien llamaba «su amiguito Gastón». Gastón tenía los años del príncipe imperial, mas era ya mucho más fuerte. La hilera se inclinaba á medida que iba pasando. Por último, ya en el extremo, el señor de Combelot le presentó á uno de los dos académicos, que venía á la corte por la primera vez; y el emperador habló de una reciente obra del escritor, de la cual había leído algunos pasajes—á lo que decía—con el mayor placer.

En esto, la emperatriz había entrado, acompañada de madama de Llorentz. Llevaba un traje muy modesto, una falda de seda azul, cubierta con túnica de encaje blanco. Con paso menudo, sonriente, inclinando por modo gracioso el desnudo cuello, en el cual una sencilla cinta de terciopelo azul sostenía un corazón de diamantes, iba recorriendo toda la fila formada por las señoras. Las reverencias que se la hacían á su paso, producían continuo rozar de faldas, de las cuales se desprendían almizclados aromas. Madame de Llorentz le presentó una joven, que parecía muy conmovida. La señora de Combelot aparentó una tierna familiaridad.

Después, cuando ambos soberanos se encontraron al extremo de la doble hilera, volvieron atrás, pasando el emperador por delante de las damas y la emperatriz por delante de los caballeros. Hicieronse nuevas presentaciones. Nadie hablaba todavía; una cortedad respetuosa tenía mudos á los convidados, unos en frente de los otros. Mas una

vez rotas las filas, cruzáronse palabras á media voz y oyéronse risas con claridad; en esto, el ayudante general del palacio se presentó á decir que la comida estaba dispuesta.

—Oye, me parece que ya no me necesitas á mí— dijo gozosamente el señor de Plouguern al oído de Clorinda.

Esta le sonrió. Habíase quedado delante del señor de Marsy, para constreñirle á ofrecerle el brazo, lo que, por lo demás, hizo él con toda galantería. Reinaba una ligera confusión. El emperador y la emperatriz pasaron los primeros, seguidos de las personas designadas para sentarse á su derecha é izquierda; correspondían aquel día estos puestos á dos diplomáticos extranjeros, á una joven americana y á la esposa de un ministro. Detrás seguían los demás invitados, á su mejor talante, llevando cada uno del brazo á la dama á quien había tenido á bien invitar. Y, lentamente, el desfile se organizó.

La entrada en el comedor revistió la mayor pompa. Cinco arañas ardían por encima de la larga mesa, iluminando las piezas de orfebrería que componían el centro de la mesa, escenas de caza, al partir el ciervo, con los cuernos tocando el ¡hurra, adelante! y con los perros llegando á la ralea. La vajilla de plata, resultaba, á la orilla del mantel, como un cordón de argentadas lunas; mientras que los bordes de las estufillas en que se reflejaban la brasa de las bujías, la cristalería manando gotas de llamas, las canastillas de frutas y los búcaros de

rosadas flores, comunicaban al centro de mesa imperial un esplendor cuya flotante claridad henchía la misma estancia. Por la puerta abierta de par en par, la comitiva desembocaba, después de haber atravesado la sala de los guardias con mesurado andar. Los caballeros se inclinaban, decían una palabra al oído del vecino, y después se erguían, en el secreto estímulo de vanidad de aquella marcha triunfal; las damas con los hombros desnudos, inundadas de torrentes de luz, ofrecían imágenes seductoras; y, arrastrando sobre las alfombras las colas de sus vestidos, distanciando las parejas, ofrecían mayor pompa y majestad al desfile, que acompañaban con su murmurio de estofas ricas. Era una aproximación casi tierna, una ansiosa llegada á un ambiente de lujo, de luz y de tibieza, como un baño sensual, en que los almizclados aromas de los tocados se mezclaban á un ligero husmillo de piezas de caza, realzado con un punto de limón. Cuando en el umbral, frontera á la inmensa extensión de la mesa, una música militar, oculta en el fondo de una galería inmediata, les acogía con brillantes acordes, semejantes á la señal de alguna fiesta de hadas, los convidados, un tanto molestos en sus calzones cortos, oprimían los brazos de las damas, involuntariamente, con la sonrisa en los labios.

Entonces la emperatriz bajó por la derecha y se mantuvo en pie al llegar al centro de la mesa, mientras que el emperador, pasando á la izquierda, se acercaba á ocupar su sitio en frente de ella. Des-

pués, cuando las personas designadas se colocaron á la derecha é izquierda de Sus Majestades, las demás parejas se volvieron por un instante, eligiendo la suya y deteniéndose cada uno á su guisa. Aquella noche eran ochenta y siete los invitados. Cerca de tres minutos transcurrieron antes de que todo el mundo hubiese entrado y llegado á colocarse. La satinada ondulación de los desnudos hombros, las vistosas flores de los trajes, los diamantes de los altos peinados, comunicaban como una sonrisa viviente á la ostentosa claridad de las arañas. Los ayudas de cámara tomaron por fin los sombreros, que los caballeros habían conservado en la mano. Todos, por último, tomaron asiento.

El señor de Plouguern había seguido á Rougón. Después de la sopa, le tocó con el codo y le preguntó:

—¿Habría usted quizás encargado á Clorinda que le reconcilie con Marsy?

Y, con el rabillo del ojo, le señaló á la joven sentada, al otro lado de la mesa, junto al conde, con el cual hablaba cariñosamente. Rougón, muy contrariado, se contentó con alzarse de hombros; y después hizo como que miraba enfrente de él. Mas, á pesar de cuanta indiferencia quería aparentar, volvía á Clorinda, se interesaba por sus menores gestos, por el movimiento de sus labios, como si hubiese querido ver las palabras que pronunciaba.

—Señor Rougón—dijo inclinándose la señora de Cambelot, quien se había colocado lo más cerca po-

sible del emperador,—¿se acuerda usted de aquel accidente? Usted fué quien me encontró un fiacre. Todo un volante de mi falda quedó desgarrado.

Y se hizo la interesante refiriendo que un día faltó poco para que su carruaje quedase partido por la mitad por el landó de un príncipe ruso. Y Rougón tuvo que contestar. Durante un momento no se habló de otra cosa en medio de la mesa. Citóse toda clase de desgracias, entre otra la caída del caballo de un perfumista del pasaje de los Panoramas, la semana última, que le costó la fractura de un brazo. La emperatriz lanzó un ligero grito de conmiseración. El emperador nada decía, escuchaba atentamente y comiendo con lentitud.

—¿En dónde diablos se ha metido Delestang?—preguntó á su vez Rougón al señor de Plouguern.

Y tendieron la vista á un lado y otro. El senador, por último, le distinguió al extremo de la mesa. Hallábase al lado del señor de Combélot, entre toda una fila de caballeros, con el oído atento á las frases de color subido que quedaban ahogadas por el murmullo de las conversaciones. El señor La Rouquette había dado principio á la picante historia de una lavandera de su país; el caballero Rusconi emitía apreciaciones personales sobre las parisien-ses; mientras que uno de los pintores y el novelista, en voz más queda, juzgaban con crudas expresiones á las damas cuyos brazos demasiado gruesos ó demasiado delgados, les hacían reír. Y Rougón, tascando el freno, dirigía sus miradas, de Clorinda,

cada vez más amable con el conde, al imbécil de su marido, que parecía ciego, sonriéndose con toda dignidad de los chistes un tanto desvergonzados que oía á su alcance.

—¿Por qué no se ha colocado entre nosotros?— decía en voz queda.

—¡Eh! maldito lo que le compadezco—dijo el señor de Plouguern.—Parece que se divierten por aquel lado.

Y luego prosiguió acercándosele al oído:

—Estoy en que arreglan el asunto de la señora de Llorentz. ¿No ha llamado á usted la atención lo descotada que está? Uno, con seguridad, se le va á salir, ¡el de la izquierda! ¿no?

Pero, al inclinarse para ver mejor á la señora de Llorentz, sentada al mismo lado que él, á cinco asientos de distancia, púsose repentinamente serio. Aquella dama, aquella hermosa rubia, un tanto ordinaria, aparecía en aquel momento con semblante terrible, pálido, concentrado y frío de furor; sus azules ojos, casi negros, fijábanse ardientemente en el señor de Marsy y en Clorinda. Y dijo entre dientes, tan bajo que ni el mismo Rougón pudo comprender:

—¡Diantre! me parece que esto va á echarse á perder.

La música seguía tocando, música lejana que parecía llegar del techo. A ciertos sonidos de los instrumentos de metal, los comensales alzaban la cabeza, como buscando la tonada que les perseguía.

Después dejaban de oír; el ligero toque de los clarinetes, en el fondo de la galería inmediata, se confundía con los argentinos rumores de la vajilla, que los servidores se llevaban por pilas enormes. Grandes fuentes ofrecían ahogados sonidos de platillos. En torno á la mesa, notábase un apresuramiento silencioso, todo un pueblo de servidores, yendo de acá para allá, sin pronunciar una palabra, los ujieres de frac y de calzón azul claro, con espada y tricornio, los lacayos, con los cabellos empolvados, con la gran librea verde galoneada de oro. Los manjares hacían su aparición, los vinos circulaban con toda regularidad; mientras que los jefes de servicio, los inspectores, el primer oficial trinchante, el jefe de la argentería, en pie, vigilaban tan complicada maniobra, aquella confusión en que el papel del último lacayo quedaba regulado de antemano. Detrás del emperador y de la emperatriz, los ayudas de cámara particulares de Sus Majestades, servían con digna corrección.

Cuando llegaron los asados y cuando los grandes vinos de Borgoña fueron escanciados, el murmullo de las voces tomó cuerpo. Ahora, en el rincón en donde sólo había hombres, en el extremo de la mesa, el señor La Rouquette hablaba de cocina, discutiendo sobre el grado de cocción que requería un cuarto de corzo al asador, que se acababa de servir. Había habido una sopa á la *Créci*, un salmón salsa azul, un filete de buey con salsa de *eckalotte*,

pollas á la *financière*, perdices con coles y pastelillos de ostras.

—Apuesto á que nos van á servir cardos con salsa y cohombros con crema—dijo el joven diputado.

—Yo he visto cangrejos—añadió con finura Delestang.

—Pero como los cardos con salsa y los cohombros con crema hicieron su aparición, el señor La Rouquette triunfó ruidosamente. Añadió que estaba enterado de los gustos de la emperatriz. Entretanto el novelista miraba al pintor, con ligero chasquido de lengua.

—¡Eh! ¿qué tal? cocina medianeja—murmuró.

El pintor hizo una mueca de aprobación. Luego, después de haber bebido, dijo á su vez:

—Los vinos son de primera.

En aquel instante, una repentina risa de la emperatriz sonó tan fuerte, que todo el mundo se calló. Algunos estiraron el cuello para enterarse. La emperatriz hablaba con el embajador de Alemania, sentado á su derecha; seguía riendo, pronunciando entrecortadas palabras, que no se oían. En el respetuoso silencio que se había producido, un cornetín de pistón, acompañado de sordina por los bajos, tocaba un solo, una frase melódica de romanza sentimental. Y, poco á poco, el sordo y confuso ruido fué creciendo nuevamente. Las sillas se medio volvían, los codos se apoyaban al borde de los manteles y entablábanse conversaciones íntimas en medio

de la libertad de una mesa redonda de príncipes.

—¿Quiere usted un pastelillo?—preguntó el señor de Plouguern.

Rougón negó con la cabeza. Hacía rato que ya no comía. Habíase reemplazado la vajilla lisa por la de porcelana de Sèvres, embellecida con delicadas pinturas azules y rosa. Todos los postres desfilaron delante de él sin que aceptase otra cosa que un poco de queso de Camembert. Ya no se reprimía y miraba á Clorinda y al señor de Marsy, cara á cara, ampliamente, en la espera sin duda de intimidar á la joven. Mas ésta fingía tal familiaridad con el conde, que parecía olvidar el sitio donde se encontraba, creyéndose, por el contrario, en el fondo de cualquier estrecho salón en una cena íntima de dos cubiertos. Su exquisita belleza ofrecía un esplendor de extraordinaria ternura. Crujía con los dientes los dulces que el conde le presentaba, y le conquistaba con su incesante sonrisa por modo desvergonzadamente tranquilo. Los comensales que se hallaban inmediatos poníanse á cuchichear.

Habiendo recaído la conversación sobre la moda, el señor de Plouguern interpeló maliciosamente á Clorinda acerca de la nueva forma de sombreros. Y luego, como ella fingiese no haber oído, el senador se inclinó para dirigir igual pregunta á la señora de Llorentz; pero no se atrevió á dirigírsela, tanto aquella señora le pareció formidable con sus apretados dientes y con su trágica careta de celoso furor. Precisamente Clorinda acababa de abandonar